18 Cuando la muerte no intimida y la libertad se vuelve destino

Entrevista imaginaria con Hernán Alemán

La conversación se instala en el territorio donde los hombres se definen: el miedo, la muerte, la patria y la decisión de no vivir a medias. Nos citamos en un café para compartir una conversación como las que hemos tenido siempre en nuestra amistad de décadas. Nada extraordinario a la vista: una mesa, dos tazas, el ruido leve de la ciudad. Pero en ese espacio mínimo cabía una vida entera.

—Compadre —pregunté—, ¿de dónde vienes?

Hernán Alemán sonrió apenas, como quien viene de atravesar algo más que una distancia física.

—Vengo del aeropuerto de Maiquetía. Me fue a buscar el chino Arteaga, pero llegar hasta aquí me costó un mollejero.

Guardé silencio un instante. Luego fui directo a lo esencial.

—¿Le tienes miedo a la muerte?

Hernán Alemán no dudó.

—No le temo a la muerte. Solo me gustaría una muerte gloriosa, porque morir por la patria es vivir.

—Pero hay quienes tienen miedo a la única vida que tienen —repliqué.

—Yo diría –respondió– que tienen miedo de ser libres.

—¿Hernán será que le tienen miedo a ser presos?

—Diría más bien que temen a las mentes abiertas.

La conversación avanzaba sin levantar la voz, como si ambos supiéramos que ciertas palabras solo funcionan cuando no se gritan.

—¿Qué es para ti un necio? —le pregunté.

—Es aquel a quien el miedo lo controla.

—Entonces, ¿temen más al miedo o a la muerte?

Hernán Alemán respiró hondo antes de responder.

—Yo, en mi caso, le he pedido permiso a mis valientes miedos.

—¿Y esos valientes miedos te permitirán seguir volando sin caer?

—No lo sé —dijo—. Pero me aseguran que no dude de que, cuando llegue el momento, van a resguardarme en el recuerdo.

La conversación giró entonces hacia los compromisos asumidos sin cálculo.

—Una vez le prometiste a Carlos Andrés Pérez que siempre te la jugarías por él.

—Eso es cierto —afirmó—. El día que lo expulsaron de Acción Democrática fui a El Junquito y le dije: "Manos a la obra. Hagamos una herida entre dos: yo pongo mi pecho, tú pondrás la sombra". Sé que el mar perdonó las veces que le hemos lanzado pedazos de historia aún sin terminar.

Lo observé. Siempre había sido así.

—Tú siempre has sido un hombre arrojado. ¿De dónde te viene eso?

—Siempre me gustó empinarme ante los imposibles —respondió—, como querían mis abuelos y como me enseñaron en la infancia.

Antes de cerrar este primer tramo, le lancé una pregunta que parecía menor, pero no lo era.

—¿Eres intuitivo o pragmático?

Hernán Alemán sonrió, como si le hubieran pedido definirse con una sola palabra.

—A nadie le pido que crea todo lo que digo —contestó—, no soy un oráculo.

De hablar de la muerte pasamos, casi sin darnos cuenta, a hablar de lo que se paga por no claudicar. La conversación dejó el territorio de las certezas heroicas y entró en el terreno más complejo: el de la incomprensión.

La soledad del que no negocia su conciencia

Aquí emerge el Hernán Alemán cotidiano: el que baila, el que se equivoca, el que lidera sin disfraces y paga el precio de ser fiel a sí mismo.

La conversación continuó sin prisa. El café ya estaba frío, pero había temas que solo se dicen cuando el tiempo deja de importar.

—Alguna vez, en estos tiempos —le pregunté—, ¿te has sentido solo?

Hernán Alemán negó con la cabeza.

—Nunca he dejado de pensar que soy apenas una pieza. Una pieza que, junto a otras, logrará el sueño de ser libres.

—Pero —insistí—, ¿te sentiste incomprendido?

—Nunca he aspirado a que desfilaran ni asumieran todas mis líneas de pensamiento. No vine al mundo para que todos pensaran como yo —respondió.

—¿Y sentiste que se abrían distancias?

—Solo reflexionaba que lo que falta por construir lo harán otros, con sus experiencias y sus sentimientos.

Hubo una pausa breve. Sabía que venía una pregunta incómoda.

—¿En algún momento tu impaciencia te abrumaba?

Hernán Alemán levantó la mirada.

—Yo no proclamo ser nada que no permitiera tantos años dedicados a mis convicciones. He luchado con todas mis fuerzas para que no crezca mi lado ladino.

—¿Crees que la vida ha sido generosa contigo?

—Cada regalo que me ha dado la vida traía dentro un problema —dijo—. Padecí patadas que honran y patadas que queman. Pero todos los días tenía un nuevo sueño, y no había tiempo que perder.

—Dicho así —le comenté—, parece mucha adrenalina.

—Mis prejuicios fueron muchas veces los causantes de mis penas —admitió—. Quise cumplir lo que me arriesgué a prometer. Llegué hasta donde me propulsaron las virtudes, los principios y los valores.

Recordé entonces otra imagen, más pública, más callejera:

—Pero ese líder que se veía en Cabimas el día de San Benito, el que también baila… ¿quién era?

Hernán Alemán sonrió con una mezcla de orgullo y ternura.

—El mismo que disfruta "Punta Icotea", de mi querido Neguito Borjas. El de la amistad. El de las disculpas. El que siente predilección por corazones desprolijos.

—Entonces, ¿a qué pudieras temerle?

La respuesta fue más grave:

—La mayor parte de las desdichas se deben a la incomprensión. Me activan las injusticias y el dolor ajeno; también el dolor propio y las humillaciones.

—¿Y qué es lo que más feliz te hace?

Hernán Alemán no dudó.

—Sentirme entendido por alguien. Porque no solo la maldad y las intrigas hacen infeliz a la gente, sino también la confusión y la incomprensión. Y que no lo olviden los más. Sentirme entendido por alguien —repitió—. Porque no solo la maldad y las intrigas hacen infeliz a la gente, sino también la confusión y la incomprensión, ante todo. Y que no lo olviden los más capaces, los fuertes, los líderes: sacrificar toda riqueza por su gente y jamás sacrificar su gente por la riqueza.

La frase quedó suspendida entre nosotros como una advertencia y una herencia.

La conversación, ya despojada de máscaras, se deslizó hacia lo inevitable: la patria perdida, el exilio, el odio que no fue y los afectos que sostienen la existencia.

La patria lejana y los hijos como refugio final

El diálogo se cierra donde comienzan las verdades definitivas: la patria que duele, el perdón como acto de libertad y los hijos como la razón última de todo. La conversación entró en un terreno más hondo. Ni ideológico ni retórico, vital.

—Tú eres venezolano —le dije—, tan cabimero como zuliano. Pero dime la verdad: ¿crees que estás en tu patria?

Hernán Alemán bajó un poco la voz, como si hablara de algo que duele nombrar.

—Venezuela se nos convirtió en una patria lejana. A veces siento que me quieren poner preso y que quieren convertir el mundo entero en una cárcel. Bastante tengo con estar lejos.

Lo miré en silencio. Luego pregunté lo inevitable.

—¿Te has dejado invadir por el odio?

Hernán Alemán negó con firmeza.

—Nadie me hirió tan profundo que, tras los abrazos a mis hijos, no haya perdonado. Ellos son el regalo más sublime, grande y hermoso que me dio la vida. Y he comprendido la más sencilla de las verdades: las demás personas son tan reales como uno.

La conversación ya no pedía más preguntas.

Nos quedamos un momento en silencio, como suele ocurrir entre quienes no necesitan explicarse demasiado.

(8 de julio de 2020)